

LITERATURA ORAL DEL NORTE DE EXTREMADURA: CUENTOS DE SERRADILLA

JESÚS BARBERO MATEOS
REMEDIOS CUESTA GARCÍA

*"Si tuviésemos una fantástica como
hay una lógica, se habría descubierto
el arte de inventar historias".*

Gianni Rodari¹

¿Quién no recuerda cuando de pequeño permanecía con la boca y los ojos muy abiertos, mientras abuelos, padres, hermanos o vecinos desgranaban fantásticos relatos ante nuestros fieles oídos infantiles?

Al percibir la fórmula mágica, arrinconábamos nuestros quehaceres y entretenimientos, prestándonos a oír una historia maravillosa. Nos iniciaron con el cuento de los cinco lobitos que tuvo la loba, o con el de los deditos que encontraron, frieron..., y se comieron un huevo. Nos enterrecieron con el de la cabra y los siete cabritillos. Nos hicieron reír con las aventuras del singular Garbancito. Nos metieron miedo con el Tío del seu. Nos hicieron odiar a tantas y tantas viejas brujas y madrastras, hasta que, ante nuestra tirana exigencia de más cuentos, nos aburrieron con los cuentos sin fin.

¹ RODARI, G. *Gramática de la fantasía. Introducción al arte de inventar historias*. Ed. Ferrán Pellissa. Barcelona 1979.

Todos estos relatos nos conectaron para siempre con nuestra cultura, al aportarnos importantes mensajes sociales y familiares, contenidos subliminarios que despertaron sentimientos y deseos contrapuestos y que coadyuvaban en el desarrollo de nuestra comprensión, imaginación y sentido de la estética.

Cualquier relato atrae al máximo el interés de los niños, inflamados de curiosidad, atentísimos a las peripecias, intolerantes con las modificaciones que perciban en narraciones ya escuchadas y nuevamente repetidas. El folclore es venero impresionante de cuentos realistas, maravillosos, de animales... En ellos al oyente infantil le sobra toda posible explicación. Lo que se recaba de la narración es acción, el transcurrir vertiginoso de los acontecimientos. Actitud que es acorde con los comportamientos vitales del niño, atendiendo más que a la reflexión, a la improvisación y a los impulsos primarios.

El esquematismo, la condensación argumental, la ausencia de lo superfluo como notas distintivas de nuestros cuentos populares, encuentran semejanza en la escueta edición de los juegos de los primeros años, en los cuentecillos acumulativos, los de nunca acabar y los cuentos breves.

Por todo ello, estimamos necesario dejar constancia de los relatos infantiles serradillanos, caídos en el olvido últimamente, a partir de las aportaciones efectuadas por Agustín Sánchez Rodrigo en "Folclore Serradillano". En los primeros años de relación social, constituyen los entretenimientos del niño los juegos, los juguetes, las "licantinas" que aprenden a recitar solos entre la familia y los cuentos sencillos a los que comienzan a aficionarse. Su pesadez pidiendo cuentos da lugar a la mala costumbre de aburrirlos con cuentos decepcionantes, con los que los padres y abuelos procuran quitárselos de encima, lo que indudablemente consiguen, pero a costa del aturdimiento y desencanto, que produce gran daño en la inteligencia y atención del niño. Un recurso de las madres y abuelos para entretener a los niños que aún son pequeños para salir a la calle con los demás, es contarles cuentos sencillos, tales como: "la hormiguita", "el ratón que cayó en la viga y se rompió el carrillito", "Juaniquitón", "canta zurrón canta" y algún otro que constituían el repertorio tradicional, pues por el año ochenta del siglo XIX, aún no abundaban ediciones de cuentos infantiles ni habían llegado por aquí las contadas colecciones que ya circulaban impresas por aquel tiempo. Sin embargo, no eran sólo los antiguos cuentos tradicionales los que se contaban a los niños pequeños. Las fábulas de Samaniego fueron abundante cantera de donde se extrajeron con este objeto las que mejor se prestaban a tal efecto, tales como "la zorra y la cigüeña", "la lechera", "los dos amigos y el oso" y otras

varias. Al convertirse en cuentos, las fábulas perdían su belleza literaria, adquiriendo el tinte de antigüedad con el consabido principio, aquí obligado para todo cuento que se cuenta a los muchachos. "Has de saber y has de entendel que era...", y aquí comenzaba el asunto del cuento. Las terminaciones eran varias, unas serias, formales y otras chirigoterías con pretensiones de graciosas.

De las primeras son:

- "Y ya se acabó mi cuento de tres paramentos que nunca se acaba y ya se acabó".
- "Y mi cuento se acabó en paz y en la gracia de Dios".

Algunas de las terminaciones graciosas:

- "Ya se acabó mi cuento de tres paramentos pa mi una manta de orillo, pa ti tres peos en los colmillos".
- "Pa mi una manta de seda y pa ti tres peos en las muelas".
- "Pa mi una manta de oro, pa ti tres cachetes en los morros".
- "Pa mi un montón de trigo, pa ti un montón de pulgas".
- "Pa mi un saco de oro, pa ti un saco de piojos".

Y algunas cosas de peor gusto.

Los niños, cuanto más inteligentes, más se aficionan a que les cuenten cuentos, y llegan a molestar con su pesadez a quienes, más benévolo, mejor les atienden. Contra esta pesadez existía la mala costumbre, de deshacerse de ellos aburriéndoles con frases o diálogos sin sentido, que con apariencia de cuentos sólo consiguen desconcertar la inteligencia débil de los niños en vez de dirigirla, ayudándola con frases y ejemplos siempre claros y educadores. Son los cuentos de nunca acabar.

De esta costumbre dan idea los siguientes ejemplos:

- ¿Quieres que te cuente un cuento?
- Pues haz un hoyo y mea dentro.
- ¿Quieres que te lo vuelva a contar?
- Pues haz otro hoyo y vuelve a mear.

Este es el cuento de pan y pimienta, las sábanas rotas y el culo contento.

Este el cuento
de Juan Perazules,
con las bragas azules
y el culo al revés.
-¿Quieres que te le cuente otra vez?

Has de saber
y has de entedel
que quien hizo la cera
hizo la miel
y los panalitos también.

Iba una cabrita
por una pared,
se jincó una pajita en el culo
y dijo ¡bee!

Iba una zorrilla por un centenal
se jincó una pajita en el culo
y dijo ¡gua! ¡gua!...

-¿Quieres que te cuente un cuento? -Sí.
No se dice que sí,
se dice que no
que son las cartas azules
de Nuestro Señor.

Se repite la pregunta y escamado el niño contesta:

-No.

-Se dice sí,
no se dice que no,
que son las cartas azules
de Nuestro Señor.

Has de saber
y has de entedel,
que este es el cuento
de Juan Pimiento
que nunca se empieza
y ya se acabó.

Este es el cuento
de Juan Pimiento
que se fue a cagar
y no ha vuelto.

Este es el cuento
de tres paramentos
que nunca se empieza
y ya se acabó.

Era un pastor
con una pata jinchá
y se le dejinchó
y ahora falta lo mejor.

Era un Rey
que tenía tres hijos,
los metió en tres botijos
y los tapó con pez,
¿quieres que te lo cuente otra vez?

Borreguina Beeeee
¿Tienes madri?
sí, peru de poco me vale,
que se va por la mañana
y vuelve por la tarde.

Has de saber! y has de entedel: que era un río y le iban a pasar en una barca Tío Juan y tía María, pero no podían porque venían el río abajo muchos patos andando por encima del agua; estuvieron esperando mucho tiempo pero no dejaban de pasar patos, pasar patos, pasar patos...

Se corta la narración y cuando el niño pide que continúe, se le contesta: "Ahora están pasando los patos y hasta que no acaben no pueden pasar el río Tío Juan y tía María".

Dentro de un momento insisten los niños y reciben la contestación: "Todavía no han acabado de pasar los patos...", y así hasta que se aburren y buscan otro pasatiempo.

En Serradilla había una serie de cuentos favoritos que todos los niños querían oír y que constituían el repertorio narrativo de los adultos. A continuación, se detallan los que con mayor fidelidad son recordados aún por los que escuchamos tantas veces las fantásticas historias que nos contaban nuestros mayores.

EL TÍU DEL SEU²

Cuando los adultos no encontraban mejor manera de controlar la incansable actividad y curiosidad infantiles, les hacían coger miedo nombrándoles diversos personajes fantásticos y desconocidos que, por el tono de voz y el contexto en el que se nombraban, asustaban a los más pequeños y les hacían desistir de sus intenciones. Los "personajes siniestros" más generalizados son el "Hombre del saco" y "el coco". Pero en Serradilla existía desde siempre el temible "Tíu del Seu", que se llevaba a los niños malos y desobedientes para hacerles miles de perrerías³. Este personaje apenas se utiliza actualmente en las relaciones con los pequeños, bien porque otros más genéricos se han apoderado de la imaginación de los adultos, o quizás porque los adultos de ahora viven la relación con sus hijos de forma diferente y conectan con ellos mejor.

JUANIKUITÓN⁴

Has de saber y has de entender que Juaniquitón era un niño muy mentiroso. Una mañana se fue su padre a arar con la yunta de vacas y le dijo:

Padre: Juaniquitón, di a tu madre que cuando yo venga a la tarde, debe haber echado de comer a las vacas.

Pero Juaniquitón en vez de decir a su madre lo que el padre le había dicho, le dijo:

Juaniquitón: Madre, ha dicho padre que cuando venga de arar a la tarde, tenga usted matado el choto.

Madre: Pero ¿cómo va a haber dicho eso tu padre?

J.: Pues ha dicho que si no, la mata.

Entonces la madre se hizo caso de Juaniquitón y mató el choto. Lo desolló y puso la piel a orear en el sobrao. Cuando el padre llegó por la tarde, se enfadó mucho, ya que nadie había echado de comer las vacas.

M.: Pero si Juaniquitón me ha dicho que querías que matara el choto.

P.: ¿Dónde está? ¿Cómo me la ha trampeado así?

² Aportado por María Josefa Mateos Martín, de 64 años.

³ Perrería: fechoría.

⁴ Contado por Amelia Real Barbero, de 78 años

Cuando el padre le encontró le metió una buena tollina y Juaniquitón se subió corriendo al sobrao. Allí vio el pellejo del choto, lo cogió, lo metió en un saco y se fue a Madrid. Al llegar a la ciudad se puso a dar tantas voces que parecía que se iba a desgañitar. Decía:

J.: ¡¡Compañeros, corred, corred!!, ¡¡que traigo en este saco el tesoro del mundo!!

Gente: ¿Qué será eso?

J.: No, no me lo toquéis. Si queréis os lo vendo.

G.: ¿Cuánto quiere usted por él?

J.: Cincuenta duros. *Uno de los presentes se lo compró y con los cincuenta duros que le dieron, regresó al pueblo diciendo:*

J.: En Madrid, los pellejos de choto valen a cincuenta duros. *Así es que los vecinos del pueblo mataron todos los chotos y se fueron a Madrid a vender los pellejos. Cuando comenzaron a pregonarlos:*

Vecinos: ¡¡Se veeeendeeeen pelleeeejooooos de choootoooo a cincueeeenta duuuuuuros!!

...los transeúntes les decían

Transeúntes: ¡Ustedes están tontos, aquí no hay quien compre pellejos de choto!

V.: ¡¡Hay, hay, hay, este Juaniquitón nos ha enredado!!, ¡¡Déjale, que buena le espera!! *Cuando llegaron al pueblo, le calentaron bien caliente y se subió al pajar a llorar la tunda que le habían metido. Estando allí vio como un ratón se paseaba de aquí para allá. Cogió un saco, lo atrapó y lo metió en una caja. Bajó muy despacio la escalera y se fue de nuevo, ya que pensaba que en su casa no le querían. Llegó entonces a Madrid a ver si podía vender el ratón. Entró en casa de un posadero y dijo a su señora:*

J.: Traigo dentro de esta caja la adivinanza del Rey. Ahora voy a preguntarle cuándo se la puedo llevar. La dejo aquí, pero no la toque usted, porque se puede escapar y vale mucho dinero. *Salió Juaniquitón de la posada, lo que aprovechó la posadera para abrir la caja... ¡¡¡sssssúúú!!!, el ratón se escapó.*

Posadera: ¡¡Ay dios mío, ya le quedé sin la adivinanza del rey!!

Al cabo de un rato llegó Juaniquitón de nuevo a la posada, y antes de entrar, vio a la posadera con su amante y observó cómo éste al oír ruido

se escondía en un arca que allí había. Ya que estaba dentro, la posadera le explicó lo que había ocurrido con la caja y le preguntó cuánto debía darle para que no dijera nada al Rey acerca de su curiosidad.

J.: Pues, ¿qué menos que cincuenta duros?

Cuando la mujer le estaba dando el dinero, Juaniquitón dijo:

J.: Bueno, si no me va a dar usted aquel arca que tiene sobre la pared, que con él me conformo.

Cuando el niño salió con el arca a la calle, comenzó a vociferar:

J.: ¡¡Muchachitos, muchachitas, traed palos, que vamos a quemar este arca!!

La mujer, que lo estaba oyendo todo, salió y dijo:

P.: Pero ¿cómo vas a quemar el arca, cuánto quieres por él?

J.: Bueno, pues me va a dar los cincuenta duros de antes y otros cincuenta duros más por el arca.

Total que la mujer le dio los cien duros y se llevó a cambio el arca con el amante dentro. Juaniquitón regresó de nuevo al pueblo. Cuando le vieron llegar los vecinos, aún no se les había olvidado que les había enredado dos veces, y se dijeron los vecinos:

Vecinos: Nos ha enredado una y dos veces, pero ya no nos enreda más, así es que le vamos a llevar al río y le vamos a tirar allí para que no vuelva a hacerlo.

Cuando le llevaban por el camino, Juaniquitón comenzó a cantar:

A ser Rey me llevan,
y yo no lo quiero ser.

A ser Rey me llevan,
y yo no lo quiero ser...

Un pastor que pasaba por allí con el rebaño de ovejas, oyó la canción y se sorprendió. Entonces, en un momento, cuando los que custodiaban a Juaniquitón se pusieron a hablar, se acercó el pastor y le dijo:

Pastor: ¿Cómo que no quieres ser Rey? Pues quédate tú con las ovejas y yo me voy a ser Rey. Cambiamos y ya está.

Así, mientras los custodios seguían con su conversación, el pastor y Juaniquitón intercambiaron sus papeles: el pastor se metió en el saco y se lo llevaron al río y Juaniquitón se quedó cuidando las ovejas. Llegaron los hombres al río y allí tiraron al pobre pastor y a algunas ovejas que éste

había metido en el saco. Y dicen que cuando se vinieron hacia el pueblo, salió del agua un bomborita grande y otra chica. En el camino de regreso, los hombres se encontraron de nuevo con Juaniquitón.

Vecinos: Pero ¿a ti no te hemos tirado al río?

J.: Sí, pero ¿no vieron aquéllas bomboritas?, pues de la grande salí yo y de la chica las ovejas. Y aquí estamos.

A partir de aquel día nadie volvió a meterse con Juaniquitón, es más, todos le pedían consejo acerca de lo que tenían que hacer en cada momento. Y ya se acabó el cuento de tres paramentos, que nunca se acaba y ya se acabó.

EL RATÓN QUE CAYÓ DE LA VIGA Y SE ROMPIÓ EL CARRILLITO⁵

Has de saber y has de entender que iba un ratoncito por una pared, se cayó en una viga y se rompió un carrillito. Entonces se acercó a casa del zapatero para que se lo arreglara y le dijo:

Ratoncito: Zapatero, cóseme este carrillito que mira como le tengo...

y el zapatero contestó:

Zapatero: Pues tráeme cerda.

El ratoncito se acercó a casa de un puerco.

R.: Puerco, ¡dame cerda! Cerda doy a zapatero que me cosa este carrillito. ¡Que mira como le tengo!

Puerco: Pues tráeme salvao. *Fue el ratoncito a casa de una panadera.*

R.: Panadera, ¡dame salvao! Salvao doy a puerco, puerco me da cerda, cerda doy a zapatero que me cosa este carrillito. ¡que mira como le tengo!

Panadera: Pues tráeme trigo.

El ratoncito fue a una cilla.

R.: Cilla, ¡dame trigo! Trigo doy a panadera, panadera me da salvao, salvao doy a puerco, puerco me da cerda, cerda doy a zapatero que me cosa este carrillito. ¡Que mira como le tengo!

⁵ Contado por Amelia Real Barbero.

Cilla: Pues tráeme llave.

Fue entonces el ratoncito a casa de un herrero.

R.: Herrero, ¡dame llave! Llave doy a cilla, cilla me da trigo, trigo doy a panadera, panadera me da salvao, salvao doy a puerco, puerco me da cerda, cerda doy a zapatero que me cosa este carrillito. ¡que mira como le tengo!

Herrero: Pues tráeme carbón. *Fue el ratoncito a una sierra.*

R.: Sierra, ¡dame carbón! Carbón doy al herrero, herrero me da llave, llave doy a cilla, cilla me da trigo, trigo doy a panadera, panadera me da salvao, salvao doy a puerco, puerco me da cerda, cerda doy a zapatero que me cosa este carrillito. ¡Que mira como le tengo!

Sierra: Pues tráeme lumbré.

El ratoncito se acercó a una vieja.

R.: Vieja, ¡dame lumbré! Lumbré doy a sierra, sierra me da carbón, carbón doy al herrero, herrero me da llave, llave doy a cilla, cilla me da trigo, trigo doy a panadera, panadera me da salvao, salvao doy a puerco, puerco me da cerda, cerda doy a zapatero que me cosa este carrillito. ¡que mira como le tengo!

Vieja: Pues tráeme leche.

El ratoncito fue donde estaba una vaca.

R.: Vaca, ¡dame leche! Leche doy a vieja, vieja me da lumbré, lumbré doy a sierra, sierra me da carbón, carbón doy al herrero, herrero me da llave, llave doy a cilla, cilla me da trigo, trigo doy a panadera, panadera me da salvao, salvao doy a puerco, puerco me da cerda, cerda doy a zapatero que me cosa este carrillito. ¡Que mira como le tengo!

Vaca: Pues tráeme hierba.

Fue el ratoncito a un prado.

R.: Prado, ¡dame hierba! Hierba doy a vaca, vaca me da leche, leche doy a vieja, vieja me da lumbré, lumbré doy a sierra, sierra me da carbón, carbón doy al herrero, herrero me da llave, llave doy a cilla, cilla me da trigo, trigo doy a panadera, panadera me da salvao, salvao doy a puerco, puerco me da cerda,

cerda doy a zapatero que me cosa este carrillito. ¡que mira como le tengo!

Prado: Pues tráeme agua.

Se fue el ratoncito a un río.

R.: Río, ¡dame agua! Agua doy al prado, prado me da hierba, hierba doy a vaca, vaca me da leche, leche doy a vieja, vieja me da lumbré, lumbré doy a sierra, sierra me da carbón, carbón doy al herrero, herrero me da llave, llave doy a cilla, cilla me da trigo, trigo doy a panadera, panadera me da salvao, salvao doy a puerco, puerco me da cerda, cerda doy a zapatero que me cosa este carrillito. ¡que mira como le tengo!

Río: Pues cógela tú mismo.

Entonces, cuando el ratoncito se agachó a coger el agua del río, se cayó y se ahogó. Y mi cuento se acabó en paz y en gracia de Dios.

LA HORMIGUITA⁶

Has de saber y has de entender que había una vez una hormiguita que era muy limpia, muy limpia. Todos los días salía a barrer la puerta de casa, hasta que un día se encontró dos perras y dijo:

- “¿En qué emplearé estas dos perras, en qué las emplearé?
- ¿Compraré una galleta? No, no, no, que me llamarán golosita.
- ¿Compraré un caramelo? No, no, no, que me llamarán golosita.
- ¿Compraré una cinta para el pelo? Sí, sí, sí, que me llamarán buena mocita”.

Fue a comprar la cinta, se peinó y se la puso haciéndose un lazo. Y en éstas estaba cuando pasó por allí un burro y le dijo:

Burro: -“Hormiguita, hormiguita, ¡qué guapa estás!”

Hormiga: -“Sí, de lo que tú no me das.”

Burro: -“¿Te quieres casar conmigo?”

Hormiga: -“¿Y cómo me dormirás al niño?”

Burro: -“hía, hía, hía...”.

Hormiga: –“¡No, no, no, que así se asustará!”.

Al cabo de un rato, pasó un perro y le dijo:

Perro: –“¡Hormiguita, hormiguita, qué guapa estás!”.

Hormiga: –“Sí, de lo que tú no me das”.

Perro: –“¿Te quieres casar conmigo?”.

Hormiga: –“¿Y cómo me dormirás al niño?”.

Perro: –“¡Guau, guau, guau...!”.

Hormiga: “¡No, no, no, qué lo morderás!”.

Pasado un rato, pasó por su puerta un ratoncito y le dijo:

Ratoncito: –“¡Hormiguita, hormiguita, qué guapa estás!”.

Hormiga: –“Sí, de lo que tú no me das”.

Ratoncito: –“¿Te quieres casar conmigo?”.

Hormiga: –“¿Y cómo me dormirás al niño?”.

Ratoncito: –“Hi, hi, hi.”

Hormiga: –“¡Sí, sí, sí, que se dormirá”.

Se pusieron tan contentos, se casaron y tuvieron un niño. La hormiguita como era tan limpia, todos los días, lo bañaba, lo lavaba, lo limpiaba... Pero un día que tenía que ir a lavar la ropa al arroyo de la garganta, dijo al ratoncito:

Hormiga: –“Mira ratoncito, ya he dado al niño las papas y lo he dejado dormido en la cuna. Tú no le toques. Dejo la olla de los garbanzos a la lumbre cociendo, pero no te acerques. Si le quieres dar la vuelta la das con el cucharón grande y no con el pequeño.

Al cabo de un rato, el ratoncito se acercó a la olla y vio el trozo de tocino que nadaba encima del caldo. Decidió dar la vuelta a los garbanzos pero, en vez de coger el cucharón grande cogió el chico y se cayó dentro. Llegó la hormiguita de lavar de la garganta y al ver que el ratoncito no estaba empezó a llamarle:

Hormiga: –“¡Ratoncito, ratoncito!”.

Pero el ratoncito no contestaba, claro. Y como las hormigas agatean, pues subió por la pared y entró por una ventana. Al ver que el niño estaba

bien, se puso a buscar al ratoncito. Cuando se asomó a la olla, vio el rabo que estaba asomando y empezó a gritar muy triste:

“El ratoncito Pérez
cayó a la olla,
y la hormiguita
suspira y llora
suspira y llora”.

Y ya se acabó mi cuento de tres paramentos, para mí una manta de orillo, para ti tres peos en los colmillos.

CANTA ZURRÓN, CANTA⁷

Has de saber y has de entender que esto era una vez una muchacha que era muy buena, muy buena. El día de su santo, su madre le compró una sortija de oro y a ella le gustó mucho y se puso muy contenta. Un día le dijo su madre que se fuera a por agua a la fuente. Mientras esperaba se quitó la sortija no fuera a ser que se le cayera dentro. Cuando acabó de coger el agua, se fue sin acordarse de lo que había dejado allí.

Pero al llegar a casa se dio cuenta de que no llevaba el anillo y salió corriendo a la fuente. Cuando llegó, ya había pasado un hombre y se lo había guardado. La niña preguntó a todos si habían visto una sortija, pero todos le contestaron que no. Cuando iba para su casa, afligida y apenada, se encontró con el hombre y le preguntó:

Niña: –“¡Ay, mire usted! ¿No se habrá encontrado un anillo en la fuente?”.

El hombre le dijo que sí, que lo llevaba metido en su zurrón. Cuando la niña se asomó para cogerlo, el hombre la empujó dentro y cerró el saco. Se fue por todos los pueblos de la comarca para sacar dinero. Llamaba a las casas y decía:

Hombre: –“¡Canta, zurrón canta, que si no te doy una porrál!” (Mientras amenazaba con un palo).

Zurrón: –“¡Cantaré o no cantaré
Por una sortijita de oro
que en la fuente me dejé!”.

⁷ Contado por María Josefa Mateos Martín, de 64 años.

Y así iba por todos los pueblos y se ganaba la vida, pues tenía un zurrón que cantaba, y nadie sabía lo que había allí dentro. Al cabo de mucho tiempo, llegó el hombre a la posada de un pueblo. Después de comer, dejó el zurrón allí y se fue a dar una vuelta por sus calles.

La posadera, que era muy curiosa, quitó la cuerda para ver qué había dentro del zurrón.

Cuál fue su sorpresa cuando de él salió una muchacha muy guapa y muy delgada.

Entre todos los que estaban en la posada llenaron el zurrón de bichos, culebras, ratas y todo lo que pudieron encontrar.

Pasado un rato, llegó el hombre, cogió el zurrón y se marchó. Llegó a una casa y dijo:

Hombre: —“¡Canta, zurrón canta, que si no te doy una porrál!”.

Pero como no cantaba, el hombre se puso a dar palos al saco. Éste emitía unos ruidos raros, los que hacían los bichos que estaban dentro. Entonces, picado por la curiosidad y de mal humor desató el saco y, al abrirlo, salieron todos los bichos y se lo comieron.

A partir de entonces, aquellos pueblos fueron felices, comieron perdices, y a nosotros nos dieron con los huesos en las narices.

Y ya se acabó mi cuento de tres paramentos, para mí una manta de seda, para tí tres peos en las muelas.

LA ASADURA DEL PADRE⁸

Has de saber y has de entender que era una madre que tenía una hija. El padre se había muerto y ya lo habían enterrado.

Un buen día, la madre dijo a su hija:

Madre: Toma hija, ve a buscar asadura a la carnicería.

Entonces la hija fue y se entretuvo en jugar, perdiendo el dinero. Como no sabía que hacer, se fue a la sepultura del padre, que estaba recién enterrado, y le cogió las asaduras.

⁸ Contado por Amelia Real Barbero, de 78 años.

La madre las guisó para cenar, se las comieron y se acostaron. Al llegar la media noche, cuando estaban dormidas, empezó a oírse por las escaleras:

Voz: María, María,
dame la asaúra
que me robaste de la sepultura.

Hija: Ay madre, ¿quién será?

Madre: Cállate hijita, que ya se irá.

Voz: No, no me voy,
que entrando por la puerta estoy.

Voz: María, María,
dame la asaúra
que me robaste de la sepultura.

Hija: Ay madre, ¿quién será?

Madre: Cállate hijita, que ya se irá.

Voz: No, no me voy,
que en el medio casa estoy.

Voz: María, María,
dame la asaúra
que me robaste de la sepultura.

Hija: Ay madre, ¿quién será?

Madre: Cállate hijita, que ya se irá.

Voz: No, no me voy,
que por las escaleras subiendo estoy.

Voz: María, María,
dame la asaúra
que me robaste de la sepultura.

Hija: Ay madre, ¿quién será?

Madre: Cállate hijita, que ya se irá.

Voz: No, no me voy,
que entrando por la puerta de la habitación estoy.

Voz: María, María,
dame la asaúra
que me robaste de la sepultura.

Hija: Ay madre, ¿quién será?

Madre: Cállate hijita, que ya se irá.

Voz: No, no me voy,
que en la habitación estoy.

Voz: María, María,
dame la asaúra
que me robaste de la sepultura.

Hija: Ay madre, ¿quién será?

Madre: Cállate hijita, que ya se irá.

Voz: No, no me voy,
que agarrándote estoy.

Y ya se acabó mi cuento de tres paramentos, pa mí una manta de oro, pa ti tres peos en los morros.

Es el otoño este sabor a tierra
sembrada e interpuesta por la mano
que presentí dulce, que un día trajo
la luz, el destino, el rumbo
y al otro desgranó
las semillas de este otoño perpetuo.

PABLO RODRÍGUEZ MEDINA